

Cómo citar:

Hurtado, L. (2015). La paleta del pintor. Aproximaciones emotivas a "Por el camino de swann" y "A la sombra de las muchachas en flor" de Marcel Proust. *Revista Colombiana de las Artes Escénicas*, 9, 117-121.

LA PALETA DEL PINTOR. APROXIMACIONES EMOTIVAS A "POR EL CAMINO DE SWANN" Y "A LA SOMBRA DE LAS MUCHACHAS EN FLOR" DE MARCEL PROUST.*

THE PAINTER'S PALETTE: AN EMOTIONAL APPROACH TO MARCEL PROUST'S "SWANN'S WAY" AND "IN THE SHADOW OF YOUNG GIRLS IN FLOWER"

Liliana Hurtado Sáenz**

** *Magíster en Escrituras Creativas. Profesora Asociada de la Universidad de Caldas. Manizales, Colombia.*
E-mail: lilihur51@hotmail.com

RESUMEN

Este artículo hace un acercamiento a los dos primeros tomos de la obra *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust, donde se tocan aspectos profundamente humanos que el autor particulariza y hace que el lector los identifique como propios. Es una experiencia estética muy personal frente al placer de abordar la lectura de uno de los íconos más importantes de la literatura universal. Su obra provoca una serie de reflexiones como son: el poder de los sentidos en el momento de la evocación, la ensoñación como estado ideal del alma, la búsqueda del placer que se frustra justo cuando se obtiene, la vida vista a través del lente del arte y, finalmente, una invitación hacia el oficio del escritor.

PALABRAS CLAVE

Proust, deseo, recuerdo, sensibilidad.

ABSTRACT

This article makes an approach to the first two volumes of Marcel Proust's *In Search of Lost Time*, where deeply human aspects are dealt with that the author particularizes and makes the reader identify as their own. It is a very personal aesthetic experience against the pleasure of dealing with the reading of one of the most important icons of world literature. His work causes a series of reflections such as: the power of the senses at the time of evocation, reverie as an ideal state of mind, the pursuit of pleasure that is frustrated when it is obtained, life seen through the lens of art, and finally, an invitation to the writer profession.

KEY WORDS

Proust, desire, memory, sensitivity.

* Recibido: 20 de junio de 2015, aprobado: 15 de agosto de 2015.

Frente al lienzo en blanco el pintor asiste al momento en que la inmaculada tela provoca un segundo de compasión y agonía; y justo antes de que el vértigo empuje al vacío el primer brochazo maestro, un impulso contenido opta por dejar andar un sueño, un dolor... o quizás una idea fija y obscena perseguida por siempre.

Escribir sobre la obra de Proust es tratar de hacer una disección de un cuadro terminado, donde es imposible adivinar qué pincelada vino primero o qué trazo fue borrado para volver a iniciar, y donde el producto terminado solo deja lugar para la contemplación. En un intento, por demás vano y sin duda ingenuo, quiero jugar a imaginar la paleta de colores que este hombre excepcional escogió para escribir su obra infinita o inacabada. Sería pretencioso querer abarcar todas las gamas y sutiles tonalidades presentes en tan compleja obra artística, es por eso que de manera humilde trataré de referirme a aquellos preciosos trazos que de manera certera se incrustaron en mi propia sensibilidad y que, estoy segura, se fijarán por siempre.

LA EVOCACIÓN O LA MÁQUINA DEL TIEMPO

El sabor de una magdalena, previamente sumergida en una taza de té, puede hacer volver a la infancia a Marcel y sentir la tibieza del cuarto de aquella tía postrada en la cama por su propia voluntad después de la muerte de su marido, constreñida a ver pasar la vida por el marco de su ventana. Cuantas veces nos sorprende el paladar, saboreando la dulzura de una piel en otro tiempo gozada, con tan solo llevar a la boca ese trozo de pan recién

horneado y que para cualquier otro no es más que una parte del desayuno. Es inevitable dejar de pensar en mi padre cada vez que exprimo una naranja y cómo revivo el más terrible episodio de anemia, cuando percibo el olor del hígado. En la ruleta de los sentidos la más leve fisura puede debilitar increíbles fortalezas.

El olor de las frambuesas llevará a Marcel por el camino de Swann, aquel fragmento de la Sonata de Vinteuil se convertirá en el *leitmotiv* para el amor entre Swann y Odette, así como las cattleyas serán el símbolo de su unión física, de la misma manera como el olor de las azucenas llevarían a Proust, en medio de un parpadeo, hacia la bella Firenze. Aquella máquina del tiempo, que todos llevamos instalada, nos permite hacer los más inesperados viajes, mucho antes de que la ciencia ficción inventara complicados aparatos, inspirados sin lugar a dudas en esa excepcional capacidad que tenemos los seres humanos de recordar lo bello y lo odiado, apoyados siempre en nuestros sentidos.

MEJOR SOÑAR QUE VIVIR

Se ha dicho que la ensoñación es aquel estado del alma donde apenas las puntas de nuestros pies están en contacto con el piso, donde la visión entre más borrosa es más clara y la mente se abre a un universo paralelo para ser otros, o ese yo mismo oculto que pelea por salir y negar a ese otro que muestra el espejo y que no coincide con el que queremos ser. Es este campo de la vida, tan extraño como real, tan mágico como sincero, el que permite explorar desde otro punto de vista la entrañable obra de Proust.

En la obra, Proust frecuentemente hace que su personaje entre en un universo sin tiempo cronológico y la emoción se pueda prolongar hasta el infinito, saltando de un recuerdo al otro o de una sensación a otra sin agotarse, porque este estado es sin duda más placentero y de cierta forma más manejable que la acción propiamente dicha, regida por los parámetros cartesianos del tiempo y el espacio. Mientras que en la ensoñación nadamos rodeados de peces multicolores en océanos glaciales, en la realidad sucumbimos ante la primera ventisca de invierno.

La propia lectura de estos dos primeros tomos de *En busca del tiempo perdido*, induce por momentos al lector a entrar en un estado no propiamente consciente. El ritmo de la escritura en aquellas primorosas descripciones por ejemplo del bordado de un vestido y que ocupan páginas enteras sin quebrar el hilo de la narración, hace que el destinatario caiga en un no tiempo, en un sopor del cual no quiere salir; en últimas, en una ensoñación.

Mientras que la realidad es una fuerza centrífuga que saca hacia afuera el deseo y lo convierte en acción, la ensoñación es centrípeta, hala hacia adentro el deseo y lo mantiene o prolonga en otra dimensión distante de la acción.

EL PLACER EFÍMERO

Acaso el gato disfruta más del ritual de cacería que de la insignificante chuleta de ratón.

Obsesión y frustración son las dos caras de la moneda que a lo largo de la novela encontramos. En la penumbra de un cuarto, un niño espera ansioso el momento

sublime en que su madre vendrá a darle el beso de las buenas noches. La distancia que los separa es en realidad unos pocos metros, pero para él cada peldaño de la escalera por donde ella subirá, representa un largo camino plagado de obstáculos que cada noche impiden ese tan añorado encuentro. Su corazón palpita y su oído vigilante se agudiza, el rechinar de la escalera y los pasos cercanos hacen de su estómago otro corazón, la perilla gira y la sombra amada se aproxima poco a poco hasta deformarse y fundirse en un aliento tibio, plácido y fugaz. El valor del beso termina justo en el momento en que acontece, ahora solo resta esperar la siguiente noche.

Situaciones similares se retoman como un eco en toda la obra, como si fueran variaciones sobre un mismo tema musical, con la excepción de que cada una está plagada de maravillosos acordes y melodías que hacen que se conviertan en piezas únicas. La obsesión de Swann por obtener a Odette hace que transitemos por caminos espinosos y empantanados, no muy distantes a los que tendrá que vivir Marcel en su relación con Gilberta y más adelante con Albertina. La prolongación del deseo es el motor que alimenta y fortifica una pasión inalcanzable, pero que se apaga y se frustra en el momento de su consecución. Nada pudo llenar la expectativa de Marcel, ni conocer a Bergotte, su escritor favorito, ni ver en el teatro a la tan anhelada Berma, ni sellar para siempre su amistad con Saint-Loup. La vida transcurre en una continua búsqueda de la pérdida y ningún personaje de la novela llega a una total realización.

Este es quizá el mayor encanto de la obra de Proust, la certeza de que nunca sabremos el final de la vida de los personajes, así

como una hendidura nos permite ver solo una parte de su existencia y por ese sutil acceso que se abre podemos vislumbrar el paso fugaz de un fragmento, vemos el reflejo de la luna en el agua, pero no conseguimos ver el cielo estrellado. Tal vez si pudiéramos contemplar la panorámica, el paisaje resultaría monótono y común.

Lo inacabado en Proust hace que logremos permanecer en el placer prolongado, un punto final solo conseguiría que el deseo migrara hacia otro lado y la magia de buscar incansablemente ese tiempo perdido, desapareciera en el momento del hallazgo.

EL PRISMA DEL ARTE

Un prisma refleja, refracta y descompone, es tal vez lo mismo que sucede cuando el arte se posa y transforma lo que antes era cotidiano, pero ¿qué sucede cuando miramos la cotidianidad a través de este lente artístico?

De nuevo Proust entra en la mente humana y expía otro gran íntimo secreto. ¿Cómo mira el alma? ¿Qué es eso que superponemos ante nuestros ojos para asistir al horror diario de la vida? ¿Qué hace que sobrellevemos las cargas, superemos decepciones, perdonemos traiciones, soportemos la ausencia y continuemos con la esperanza de un mejor mañana?

Cada uno de nosotros secretamente diseña la estrategia de supervivencia, pero es Proust quien de manera poética resuelve el acertijo y mira la vida a través de la lentilla del arte.

Solo para citar algunos ejemplos: la novedad de la linterna mágica le recuerda los tan admirados vitrales de las iglesias, la estampa bíblica que Swann le regala donde Abraham lleva a su hijo para que Sara se despida de él, lo remite a la relación con su madre, en el tren mientras viaja a Balbec con su abuela y en medio de su sensibilidad alterada. Las imágenes llegan como *flashes* o como capas que se superponen, lo que podría leerse como una visión anticipada al lenguaje cinematográfico. La primorosa descripción que hace de Odette, al medio día durante su caminata por los Campos Elíseos, solo puede compararse con el más exquisito cuadro impresionista.

Proust transfiere este don a uno de sus personajes; Swann mira por la misma lupa y es con quien más empatía logra dentro de la narración. Con qué increíble capacidad este hombre sublima la realidad y eleva sus deseos a los niveles de perfección que el arte permite; el primario gusto por Odette evoluciona en obsesión y desemboca en incontrolables celos, validado por la semejanza que él ve en los cuadros de Botticelli, y el objeto de su amor logra enmascarar la realidad, transformando así la visión de la vida en lo que quisiera ser y no en lo que de verdad es.

Durante un periodo de mi juventud viví por algunos años en la bella Italia y cada otoño me descubría contemplando la campiña Toscana por largas horas. Aquellas espléndidas tonalidades de verde que en verano se mezclaban sinuosamente, en otoño se trasmutaban a furiosos amarillos y vibrantes ocres, que a mis ojos llegaban como rayos fulminantes. Entonces era inevitable dejar de recordar los inquietantes cuadros de Van Gogh con los que en meses

pasados me había extasiado en el Museo Nacional de Ámsterdam. Vivir a través del arte es hacerlo con mayor intensidad si lo que se ve se asemeja a una pintura, a una escultura o a un monumento arquitectónico, si lo que se escucha recuerda una partitura musical y si lo que se observa mientras una representación teatral se asocia a momentos íntimos y absolutamente personales. Los golpes de la realidad son tan contundentes que es necesario encontrar un aliado que nos ayude a amortiguar la pena, algunos lo encuentran en la religión, otros en la filosofía y otros más desesperados en las drogas. Proust recurre al arte y nos enseña a naufragar en medio de la belleza.

Tal vez la mejor medicina para las penas del alma no sea un veneno o un disparo en la boca, pero lo que sí es cierto es que la poesía puede ayudarnos a cavar en nuestra esencia y, por ventura, el sufrir se convierta en una virtud.

EL TEATRO Y EL TIEMPO SIN FIN

Finalizo mi ensayo que, más que eso, es una serie de reflexiones y revelaciones que se instalaron en mí a partir de la maravillosa experiencia de iniciarme en la lectura de Proust. Sin duda, quedan por fuera innumerables referencias, intertextualidades y aspectos que son factibles de tratar en tan compleja y descomunal obra.

De algo que sí estoy segura es de que en algún momento retomaré la lectura del resto de los libros que aún faltan por estudiar y con la secreta esperanza de que las voces de Proust se cuelen y consigan permear en alguna medida mi escritura y mi quehacer artístico en el teatro.

Queda resonando en el ambiente la invitación que Proust nos hace a partir de su obra sin fin, y es que el tiempo de la escritura y de la creación no puede tener un final, sino una construcción constante y una dedicación sin límites, donde la disciplina y la constante observación sean los baluartes de un oficio que requiere, aparte de una buena dosis de sensibilidad, un universo entero de incansable trabajo.

Invito a los hacedores teatrales, a quienes está dirigida esta Revista, a que desplacen su mirada ante esta maravillosa obra literaria, donde podrán encontrar además de su riqueza narrativa un universo de inspiración sensorial que por fortuna pueda permear su hacer en el teatro y alimentar el espíritu de nuevas experiencias sensibles tan necesarias para un oficio tan exigente como el teatro, donde se dice confluyen todas las artes. Quién más que uno de los grandes maestros de la literatura como Proust para que nos tienda un puente entre un género y otro.

Tal vez uno de los anhelos, cuando hacemos teatro, es hacer que cada espectador tenga su propia aventura o viaje personal al momento de encontrarse de frente con una puesta en escena donde los símbolos, las imágenes, las atmósferas, la sonoridad y la destreza corporal e interpretativa de los actores, hagan que en cada butaca suceda una suerte de danzas individuales llenas de asociaciones y conexiones haciendo del teatro un arte polivalente y que constituya una experiencia significativa. Es justo lo que logra Marcel Proust con su obra, que sea esto un pretexto para acercarnos a su obra y quizás intentar trasladar al escenario algo de su esencia.